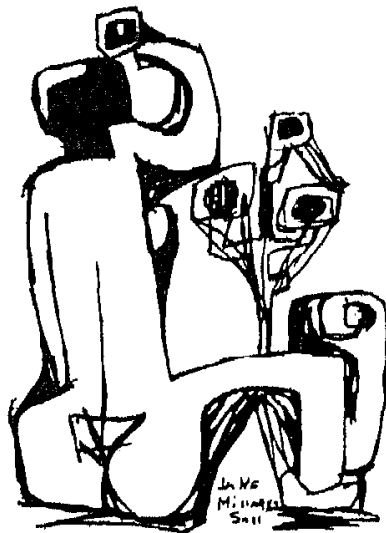


# NARRACIONES Y CUENTOS



.....  
*Se ha abierto un abanico de milagros  
en la mano creadora del olvido.*

ANTONIO MACHADO

## *TRES EN UNA*

### **Cuento que no es cuento**

Por entre un espeso bosque de nogales y castaños, al amanecer de un claro y despejado día del mes de septiembre, descendía desde el collado al llano un hombre, que por su aspecto revelaba ser un viajero extraviado, o extraño al menos al país que recorría.

Deteníase, en efecto, de rato en rato; consultaba con frecuencia el reloj; miraba con atención a todos lados; y volvía a emprender su marcha, separando con cuidado las entrelazadas ramas, que le azotaban sin compasión el rostro.

No se descubría, en cuanto la vista alcanzaba, otro ser viviente, que el indeciso transeunte, cuyos pasos resonaban con estrépito sobre los millones de caídas hojas de que estaba alfombrado el suelo.

El bosque, al llegar a la llanura, se confundía, desapareciendo en unas extensas praderas cubiertas de altas yerbas, a las que el sol de otoño prestaba ya su precioso color de oro.

Hacia la parte alta del valle se oía el ruido del agua, que por entre sueltos guijarros corría a ocultarse en unas charcas, rodeadas de espesos juncales, para salir luego a poca distancia, cual cinta de plata bordada de flores, a regar una huerta de árboles frutales, que en confuso desorden parecía bloquear por todas partes una pequeña casa, que desaparecía ahogada entre los abrazos del alegre y alborotado follaje.

El viajero se detuvo, evidentemente complacido al descubrir la casa, que le anunciaba un puerto seguro donde descansar; y dando un suspiro de satisfacción, se dirigió precipitadamente a ella, procurando seguir un sendero que le condujese sin rodeos hasta la misma puerta de entrada.

Era el viajero un hombre que frisaba ya en los treinta;

de regular estatura, desarrolladas formas y simpáticas facciones, algo moreno, con ojos azules, bigote y pelo castaño, boca risueña, dientes blancos, y movimientos sueltos y desembarazados que revelaban al hombre acostumbrado a la buena sociedad. Su vestido era todo de un color y de sencillo y elegante corte. Llevaba en la cabeza eso que ahora llaman hongo, guantes en las manos y un flexible junco en la diestra.

Al llegar junto a la casa, que era de rústico aspecto, dio dos palmadas y esperó un instante; pero como no recibiera contestación, y estuviese franca la puerta, cual si convidara a entrar, atravesó sin más vacilaciones el dintel y penetró en una ancha pieza muy aseada, con ventanas festoneadas de jazmines, estera de junco sobre el piso, mesas y sillones de nogal, y cuadros en las paredes, representando alegres campiñas y novelescas marinas.

El desconocido volvió a detenerse, dejó el hongo sobre una silla, y recorriendo con la vista la alegre habitación, repitió su anuncio con otras dos palmadas.

Entonces, viendo que tampoco obtenía respuesta, se sonrió, alzó los hombros con ademán tranquilo, y se dejó caer sobre una silla, hablando de esta manera:

—No hay duda, la casa está encantada. Mas, sea lo que fuere, yo me rindo. Dos leguas por esos montes, sin guía ni brújula, y con la circunstancia agravante de no haber almorzado, concluye por amansar el carácter más indómito. No sé donde estoy, ni me afano por averiguarlo. De todos modos, el sitio es delicioso y parece habitación de un rico labrador. Pero, qué silencio tan profundo, qué soledad tan regalada...

El viajero, que a pesar de su afectada indiferencia estaba inquieto, se levantó después de algunos minutos de descanso y dirigió sus pasos hacia una de las ventanas, junto a la cual se detuvo, visiblemente seducido por la espléndida vegetación que desde allí se descubría.

Mientras se hallaba absorto en esta muda contemplación, sintió a su espalda unos ligeros pasos, que le hicieron volver precipitadamente la cabeza.

Por la puerta que le había servido de entrada, aparecía una joven de 18 a 19 años, con un sencillo y blanco vestido de algodón, ancha pañoleta azul de doblado estam-

bre cruzada sobre el pecho y atada por detrás, y cofia de encajes con cintas blancas y azules.

Blanca era también su tez, negros sus ojos, su boca apetitosa, sonrosadas sus mejillas y su talle cadencioso y esbelto; revelando tan armónico conjunto, gracia, *donaire* y encantadora sencillez.

La joven hizo una profunda reverencia, y con la sonrisa en sus frescos labios, se adelantó al encuentro del viajero, fijando en él sus grandes ojos con cierta expresión interrogadora.

—Disimule usted —dijo éste, saludando cortesmente—, he creído que no se me negaría un asiento y un poco de sombra.

—Está usted en su casa —contestó ella volviendo a repetir su reverencia—, mi padre se halla acostumbrado a ejercer la hospitalidad en estas soledades.

—¿Es ésta una posada?

—No señor; esta casa pertenece a la señora baronesa, viuda de Soto, que vive a poca distancia.

—No la conozco —observó el viajero.

—Tal vez la vea usted, si se detiene un poco. Todas las mañanas nos hace el honor de una visita.

—¡Diablo..! y yo que estoy cubierto de polvo.

—Tranquilícese usted —contestó sonriéndose la joven—, mi señora es la amabilidad y sencillez en una pieza.

—¿Eres su doncella?

—No señor; soy su hermana de leche.

—En ese caso tendrán ustedes la misma edad.

—Justamente.

—Y sin embargo, creo haber oído que era viuda. ¡Dian-  
tre de marido, qué pronto se casó!

—Los maridos son así.

—Protesto... no todos. Y ¿hace tiempo que enviudó?

—Un año.

—Entonces, ¿qué edad tenía al casarse?

—Diez y ocho.

—¿Y el barón?

—Setenta y nueve.

—¡Pícaro mundo!

—¿Decía usted..?

—Nada... Estas mujeres...

—¿Desea usted tomar algo? —preguntó la joven, después de algunos momentos de silencio.

—Gracias, niña.

—Una empanada, un poco de agua y vino...

—Pst... acepto, porque, ¿a qué ocultarlo?, tengo un hambre vergonzosa.

—Se le conoce a usted en la cara —contestó ella riendo.

—Sí ¿eh?

—Vuelvo al instante.

—Mas, si llega tu señora...

—Me refiría, si no obsequiara a usted.

—Admirable señora y admirabilísima doncella.

—Tenga usted la bondad de aguardar un poco.

Y diciendo esto quiso salir, pero se detuvo, y fijando en él sus expresivos ojos, le preguntó:

—¿A quién tengo el honor de servir?

—Disimula; se me olvidaba la presentación. Ahí va una tarjeta; ofrécela a tu señora.

—La joven tomó la tarjeta y leyó en alta voz:

«Pedro de Ayamonte y Bosque, Ingeniero &, &, &.

—Caballero —replicó la doncella, inclinándose con maliciosa gracia—, tengo el honor de saludar en nombre de mi señora a don Pedro Ayamonte y Bosque, &, &, &.

Y hablando así, desapareció, dejando solo al ingeniero.

Éste principió a dar paseos con las manos a la espalda y el aire un tanto preocupado, murmurando así entre dientes.

—¡Cómo se difunde la ilustración hasta en las cocinas! Esta muchacha lee, y de corrido... Paréceme, y Dios me perdone la sospecha, que se ha burlado de mis etcéteras. La verdad es, que lo merecen. ¡Maldito grabador! Tengo que echar al fuego esas tarjetas... Pero, vaya una chica linda... y luego, tiene cierto airecito de princesa... pues, repito que me gusta, y que me gusta mucho.

Durante este soliloquio, la joven había vuelto a entrar, y dejaba sobre la mesa una bandeja de plata, artísticamente cincelada, con un pastel, galletas y dos pequeñas garrafas de agua y vino.

—Aquí tiene usted, caballero —dijo, luego que colocó la bandeja—, cuando mi señora llegue, almorzará usted con ella.

—¿La esperas?

—Viene todas las mañanas.  
 —No señor; habito aquí con mi padre.  
 Mientras se cruzaban estas palabras, el viajero se había sentado y atacaba con verdadero furor la empanada.  
 —¡Magnífico pastel! —exclamó con cierta fruición—. ¿Lo has hecho tú?  
 —No señor; viene directamente de la quinta.  
 —Venga de donde venga, me gusta.  
 —Ya se le conoce a usted.  
 —¡Maliciosa! Pero es que, hablando en plata, el aire de tus montañas despierta un hambre... ¿Sabes que son bonitas tus montañas?  
 —¿Para dar a usted apetito?  
 —¡Bribonzuela!  
 —¿No bebe usted?  
 —Estaba pensando, en que estás burlándote de mí.  
 —¿Lo ha conocido usted?  
 —Diablo de chica.  
 —Siga usted; y cuidado con ahogarse; mi ama me reñiría si sucediera esa desgracia.  
 —Hoy no podré verla.  
 —¿Tan de prisa va usted?  
 —Sí... tengo por acá un negocio importante.  
 —¿Va usted a abrir algún canal?  
 —No; por ahora no pienso abrir nada. Presenta a tu señora mis excusas... y a propósito, ¿es guapa la viudita?  
 —No me atrevo a contestar a usted—. Y la doncella bajó los ojos como avergonzada.  
 —¿No te atreves? Es extraño; tú no pecas de medrosa.  
 —Es que... Verá usted, señor ingeniero, han dado todos en decir que mi señora y yo somos como dos medias naranjas.  
 —Ya, ya...  
 —Y que nos parecemos de una manera terrible.  
 —Pues debe ser muy linda tu ama.  
 —Gracias.  
 —No es lisonja, está a la vista. Si antes no lo había dicho, es porque no estoy acostumbrado a sembrar flores.  
 —Ya; usted no siembra sino piedras.  
 —No tanto, maliciosa. ¿Conque el parecido es fenomenal?

—Mire usted, si no fuera por un lunar que mi señora tiene en la barba...

—Esas cosas se han visto —interrumpió don Pedro—; la naturaleza es tan caprichosa...

—Pues esa señora naturaleza debiera no haberme molestado con sus caprichos. En el caso presente, mi ama, ofendida de tan extraña semejanza, que la pone en ridículo a cada momento, me ha relegado a esta soledad.

—Entiendo: ha comprado tu ausencia.

—Cuidado, señor ingeniero, que aquí no nos vendemos.

—Perdón.

—Como usted está acostumbrado a las contratas...

—Ya escampa. ¿Está enojada?

—No, no señor.

—Lo celebro, porque voy a dirigirte una pregunta. ¿Conoce por estas cercanías una joven que vive en compañía de su madre, viuda de un rico negociante, se entiende la mamá llamada...?

—La señorita de Ustariz —interrumpió la aldeana dando una palmada.

—La misma... eres un portento.

—Pues vea usted, no tiene mérito alguno. Todos la conocemos en el país. Mi señora es su íntima amiga.

—No me disgusta eso, es decir... pues... sí señor, no me disgusta. ¿Y por qué había de disgustarme?

—Cabalito. ¿Y por qué había usted de disgustarse?

—Búrlate, que bien lo merezco; pero voy a explicarme.

—Todo sea por Dios.

—Escucha.

—Hable usted.

—Hañ de saber que vengo desde Madrid, expresamente a hacer una visita a esas señoras.

—Mi ama le presentará.

—No me atrevo: un desconocido...

—¿Desconocido usted? Un señor ingeniero y con tres etcéteras.

—Confiesa que te ha hecho gracia la cola.

—Es en efecto muy mona.

—¿Sabes que tienes ingenio?

—Sí, señor.



—¿Y que me gustas mucho?  
—Vaya si lo creo...  
—¿Y que eres lindísima?  
—Ya otros me lo han asegurado.  
—¿Y que no te hace falta el lunar de tu ama?  
—Cierto.  
—Mira que soy conocedor.  
—¿Entra eso en el ramo de los puentes, caminos y canales?  
—Me rindo. No puedo contigo.  
—Y diga usted —continuó la maliciosa joven—, ¿va usted a fabricar algo en el país?  
—Tal vez.  
—¿En casa de las señoras de Ustariz?  
—Curiosilla...  
—Como dicen que la señorita se ha casado, creí que era usted amigo del marido.  
—Bah ¿conque ya saben eso en el país?  
—Y diga usted, caballero, ¿me permite usted una pregunta?  
—Y ciento, hermosa.  
—Pues, verá usted... como una ignora con quien ha de casarse...  
—Y bien...  
—Y tiene parientes hasta en las Californias, pudiera suceder...  
—Entiendo: que desde allá quisieran casarse contigo.  
—Eso es, y como los brazos no alcanzan tanto...  
—Para eso hay poderes.  
—Cabal. Eso quería yo decir. ¿Cómo se llaman esos casamientos? ¿Dejan bien atados todos los cabos, o será cosa que a lo mejor, patatrás, se rompan?  
—Ay, no, hija mía —contestó don Pedro suspirando—, es un nudo diabólico, que sólo la muerte puede romper.  
—Pues ahí verá usted. Con ese nudo se halla atada esa pobre señorita. Parece que fue arreglo del difunto comerciante, quien consideró a su hija como una letra de cambio. Si ahora se encuentra con un marido feo, cojo, tuerco o contrahecho ¿cree usted que quedará contenta?  
—Lo que puedo asegurarte —contestó don Pedro fijando

en ella sus ojos admirados—, es que sabes más de lo que indica tu condición.

—Mi señora me ha dado lecciones. ¿Acaso es usted de los que creen que a la mujer le basta con rezar el rosario, hacer calceta y espumar el puchero?

—Dios me libre. Yo quiero que la mujer esté siempre a la altura del hombre. El equilibrio en la educación de ambos sexos es el progreso del porvenir.

—Pues la tal niña dice que la mujer, cualquiera que sea su inteligencia y su educación, siempre sabrá más que su marido. ¿Entiende usted la malicia?

—Ya...

—Y que, como azote el piano, grite una romanza y brinque una polka, sabe lo bastante para presentarse en sociedad.

—¡Dios nos asista!

—¿Y a usted qué le importa?

—Es cierto; pero compadezco a su futuro.

—¿Le conoce usted?

—¡Mucho! Es mi mejor amigo.

—¿Qué me cuenta usted?

—Casi, casi, un otro yo.

—Entonces va usted a decirme qué clase de hombre es. ¿Será alto, bajo, gordo, flaco, rubio, moreno, joven, viejo...?

—Calla, calla. ¿Qué te importa a ti saberlo?

—Mire usted —replicó la chica con burlona sonrisa—, me da tanta lástima ese caballero, que ya le miro como un animal curioso.

—¡Zapel!

—Sí, señor, y perdóneme usted la franqueza. Nada le hubiera dicho, porque yo no soy chismosa.

—Sí... se conoce.

—Pero, ahora que sé que es usted su mejor amigo, y que se lo contará, le diré clarito que esa niña de Ustariz es una caprichosa, insustancial, atrevida, ignorante y coqueta.

—¡Dios mío! —exclamó el ingeniero, tornándose pálido.

—¿Le ha hecho a usted daño el desayuno?

—No sé...

—¿Traeré agua de azahar?

—Agua de mil demonios.

—¡Jesús! ¡Pobre señor!

El viajero, entretanto, tornaba a pasearse por el salón en un estado de agitación incomprensible.

Oyóse a lo lejos el ruido de un carruaje. La joven se acercó a una de las ventanas y exclamó alborozada:

—Ya vienen... Mi señora y su amiga.

—Pero...

—No me detenga usted, voy a anunciarlo.

Y desapareció corriendo con una ligereza encantadora.

—Ya escampa —dijo el ingeniero continuando sus paseos— ¡vaya una aventura! Pero ¿dónde tenía mi padre la cabeza cuando me propuso este fatal enlace? ¿Será posible que esté yo casado y con una mujer tan infernal? ¿Qué se han hecho mis sueños de paz, de felicidad, de beatitud doméstica? ¡Pobre Pedro! ¡Qué triste realidad!

Hablando así, recorría el salón en todas direcciones, mirando azorado a todas partes al menor ruido que sentía.

De improviso se abrió una puerta que comunicaba con la parte interior, y apareció una joven elegantemente vestida de mañana, cuyo rostro era la reproducción fiel y exacta de la maliciosa campesina, sólo que ésta parecía altiva y seria, y tenía un precioso lunar en la barba. Al entrar se detuvo, saludó con exquisita cortesía al atónito ingeniero, que la contemplaba mudo de asombro, y se adelantó gravemente hacia un sillón.

—¿Tengo el honor de recibir al señor don Pedro de Ayamonte y Bosque? —dijo sentándose.

—¡Dios mío! —exclamó el viajero enteramente desorientado con tan asombroso parecido.

La joven se sonrió y le invitó con un ademán a que tomara asiento.

—¿Se sorprende usted? —añadió recobrando su seriedad—. No me ofendo. Es una desgracia que llevo con resignación.

—Perdone usted, señora, —replicó don Pedro tomando asiento —lo que veo es inverosímil.

—Y bochornoso —añadió la viudita con amargura.

—No acierto a volver de mi asombro.

—Le suplico a usted que olvidemos tan penoso asunto, y vamos al objeto que me trae aquí.

—Estoy a sus órdenes.

—Todo lo sé. Su tarjeta me ha revelado que es usted el esposo de la señorita de Ustariz.

El ingeniero suspiró.

—En efecto, señora, me cabe esa poca fortuna.

—¡Caballero! ¿Sabe usted lo que dice?

—Pido a usted mil perdones.

—Paréceme comprender que usted se halla arrepentido de su enlace.

—Un poco.

—Pues sepa usted, señor don Pedro, y disimule mi franqueza, que en ese matrimonio lleva usted la parte del león.

—Conque le parece a usted.

—Sí, señor, del león. Y ella, pobrecita, la del cordero.

—Si usted tuviera la amabilidad de explicar eso del cordero.

—A eso precisamente he venido.

—Escucho a usted, señora, con curiosidad.

—Primeramente —repuso la viuda con cierto énfasis—, usted no puede negar que es un empleado público, cuyas raíces están en el presupuesto.

—¿Y bien?

—Y que sus estudios no son de aquellos que inspiran simpatías a una joven de buena sociedad. Vaya usted a hablarle de ecuaciones, logaritmos y binomios...

—Pero...

—O de túneles, rasantes y teodolitos. Eso da horror, caballero.

—En fin, ¿qué le importa a usted, señora? —exclamó exasperado el pobre ingeniero.

—Su edad de usted —continuó ella impertérrita—, no es la edad de los ensueños, de los arrullos, de los extravíos amorosos...

—¿Qué sabe usted?

—Usted dirá tal vez que no ha llegado a los treinta... Le creo. Pero no cuenta usted con el sol, con el agua, con el polvo, con el viento... Los ingenieros, mi señor don Pedro, deben no olvidar las estaciones.

—Si lo dice usted por el polvo que he recogido en el camino...

—No, no es eso; me refiero a los desperfectos naturales de su persona.

—Es usted temible, señora...

—Y que tal vez le exijan pronto un presupuesto adicional.

—¿Eh?

—Si a eso se agrega que usted tendrá un carácter irascible, como acostumbrado a tratar con peones, duro como la argamasa, antipoético como el álgebra...

—Pero, señora, me está usted dibujando a su placer, y permítame usted asegurarle que su retrato no es exacto.

—No peca usted por la modestia, no.

—Le juro a usted que no soy lo que usted cree.

—Tal vez —replicó ella, encogiéndose de hombros—. ¡Se ven tantas cosas raras! En fin, yo defiendo la causa de mi amiga. Póngase usted en su lugar si puede; ella tan joven, tan vaporosa, tan espiritual...

—Cualquiera diría que soy yo algún viejo.

—No es usted, precisamente viejo; pero está usted, así, entre tintas indecisas.

—Al menos no he llegado a los setenta y nueve.

—¿Lo dice usted por el barón? Pues vea usted, jamás se permitió una impertinencia.

—Creo que lo fue la de atreverse a amar a usted.

—¿Y quién le dice a usted que él se permitiera semejante exceso?

—Lo supongo.

—Graciosa suposición. Pero, acabemos. ¿Ama usted a su mujer?

—No lo sé.

—¿Tiene empeño en sacrificarla?

—El sacrificio es mío.

—Permítame usted un ligero examen y se convencerá de lo contrario. ¿Qué sabe usted hacer?

—¿Yo?

—Sí, usted señor don Pedro. Nada de susto. Seréne-se usted y conteste.

—Señora ¿qué desea usted que le responda?

—Va usted a ver. ¿Sabe usted bailar?

—Muy poco.

—Ya; usted bailará dando saltitos... Eso es triste, deplorable. Pasemos ahora a otro capítulo. ¿Hace usted versos?

—Los robo cuando los necesito.

—El robo no tiene mérito en España. ¿Canta usted?

—Cuando me pinchan.

—Dará usted el si bemol.

—Si usted se empeña.

—Al menos tocará usted el piano.

—Con los codos.

—¿Y cómo divierte usted a las damas?

—Diré a usted... con las que a usted se parecen me declaro insuficiente. Con aquellas que tienen un placer en cultivar su razón, ilustrar su entendimiento y no se ocupan de vidas ajenas, con esas estoy en situación. ¿A cuál pertenece mi mujer?

—¿Y usted me lo pregunta, caballero? ¿Qué mujer que en algo se estima deja de ocuparse exclusivamente de modas, bailes y paseos? ¿Ni qué persona que ambiciona figurar en las filas de la aristocracia anda ahora a caza de filosofías? ¿Pretende usted que sea literata o libre-cultista?

—Yo nada pretendo.

—¿De modo que sería usted feliz si pudiera romper ese compromiso?

—¡Feliz! Busque usted otra palabra más expresiva.

—Pues sepa usted que ella desea lo mismo.

—¿Viene usted como embajadora?

—Vengo competentemente autorizada.

—Pero ¿qué se va a remediar? ¿No estamos ya casados?

—¡Oh! su poder estuvo más cuerdo que usted; no llegó a tiempo.

El ingeniero dio un salto en la silla y se puso en pie.

—¿Será cierto, señora?

—Es usted libre.

—¡Libre! ¡Libre! Gracias, señora, gracias.

—Modérese usted. Está usted faltando a las buenas formas.

—Perdón... las circunstancias...

—Voy a concluir —añadió la joven, poniéndose también en pie—. El enlace no existe, pero existe el compromiso.

—Estando ambos de acuerdo...

—Si; pero mi amiga exige que haya un pretexto plausible.

—Que ella elija —se apresuró a contestar don Pedro.

—Vea usted el que ella propone. Su madre acaba de perder toda su fortuna; rehuse usted una mujer sin dote.

—Eso nunca.

—De modo...

—Que no me acomoda. Más fácil es que me dé ella unas buenas calabazas.

—Pues yo creía que el amor era simplemente sumar y restar... y que, faltando el dinero, sobraba el cariño.

—¡Señoral

—¿Conque no?

—No.

—Pues, entonces...

—Mire usted, si yo pudiera verla...

—La verá usted, si lo desea, sólo que ella impone una condición.

—Aceptada.

—Que ha de hablar a usted con el velo echado.

—¿Tan fea es?

—¿Y a usted que le importa?

—Cierto.

—Voy en su busca. Ella misma vendrá a terminar este enojoso asunto. Hasta luego.

Y desapareció por la misma puerta después de una ceremoniosa reverencia.

Cinco minutos después, don Pedro, que no se había movido del sitio en que lo dejó la agresiva viudita, vio entrar una mujer, vestida sencillamente de negro, con un espeso velo echado sobre el rostro, la cual, dando algunos pasos, se detuvo, poseída al parecer de invencible turbación.

El ingeniero, suponiendo que aquella joven sería su antigua futura, le ofreció en silencio una silla, y ambos se sentaron.

—Disimule usted —dijo al fin don Pedro—, si le molesto aún. Seré breve.

—Estoy a sus órdenes —contestó ella con voz tan débil, que apenas si traspasaba el tupido cendal.

—No; yo a las tuyas —se apresuró a replicar el inge-

niero, comenzando a intrigarle la timidez de la tapada.

—Acepto desde luego todo lo que usted disponga— repuso ella con marcada lentitud.

—No; al contrario, ordene usted.

—No me atrevo.

—Su amiguita pretendía que yo renunciase a su mano, suponiendo que está usted arruinada.

—Así me lo aconsejó.

—¿Ella?

—No la culpe usted... ¡me quiere tanto!

—¿Sí? Pues sus razones tendrá.

—¿Las ignora usted?

—Si usted quisiera decírmelas...

—Si usted promete un absoluto silencio...

—Cuenta usted con mi discreción.

Hubo un momento de silencio. La tapada parecía vacilar; pero al fin decidióse y habló de esta manera:

—Mi amiga está enamorada de usted.

—¿De mí...? Señorita, usted se burla.

—Créalo usted.

—Eso no es posible.

—¿Le parece a usted?

—Si usted supiera cómo me ha tratado...

—Ya le tratará a usted mejor, cuando haya logrado romper nuestro compromiso.

—Las palabras de usted me autorizan a suponer que tal vez hubiéramos llegado a entendernos.

—Ya no es tiempo.

—¿Y por qué?

—Porque usted no me ama.

—¿Y cómo amarla a usted con las pícaras cosas que de usted me han contado?

—Y que usted ha creído.

—Yo no tenía el honor de conocer a usted.

—Pero me conocía su padre. ¿Podía usted suponer que iba a aventurar la felicidad de su hijo, uniéndolo a una miserable coqueta?

—Sus palabras me llenan de regocijo.

—No vaya usted ahora a creer...

—Nada creo; pero tengo el derecho de asegurar que



hemos sido víctimas de una intriga, que no calificaré. Aún puede remediarse todo si usted consiente.

—¿Yo?

—Vamos, señorita. De nuestra mutua franqueza va a depender nuestra felicidad.

—¿Qué intenta usted?

—¿Qué intento? Cumplir el voto de mi padre. Unir mi suerte a la de usted. «Ella, me dijo, es noble de inteligencia y noble de corazón. A su lado sentirás doblarse tu felicidad, porque su alma es el reflejo de todas las virtudes».

—Me avergüenza usted.

—Atrévase usted a romper con esa falsa amiga.

—¿Y si al verme usted el rostro se arrepiente?

—Vano temor.

—No me atrevo.

—En nombre de mi padre.

—¿Qué dirá mi amiga?

—Que se ahorque.

—Bien, consiento. Prepárese usted a ver a su futura esposa; pero júreme usted que si no le agrado me lo ha de decir con lealtad.

—Lo juro.

—¿Por su honor?

—Por mi honor.

—Va usted a ver.

Y lentamente la joven fue levantando el tupido velo hasta que, echado a la espalda, dejó ver el mismo lindísimo semblante de la doncella y la viudita, pero fundiéndose ambos tipos, el serio y el alegre, en un todo admirablemente armónico.

Don Pedro dio un grito y retrocedió asombrado.

—Bien lo decía yo... se espanta usted.

—¿Quién es usted, señora? —exclamó desesperado el ingeniero.

—¿No me reconoce usted?

—Mire usted que voy a perder el juicio.

—Tranquilícese usted... soy tres en una.

—¿De modo?

—Primero fui la curiosa aldeana que quiso conocer sin disfraz su carácter; luego la señora del gran mundo,

que intentó aquilatar su conciencia; y por último la tímida doncella que no ha querido dar su mano sin que antes le ofrezcan espontáneamente el corazón.

—Señorita, me declaro el hombre más estúpido...

—No tanto.

—¿De modo que es usted mi esposa?

—¿Yo...? ¿Pues no sabe usted que aún soy viuda?

—Eso es cuento.

—En efecto, cuento es; pero hay otro obstáculo que impide nuestro enlace.

—Me da usted miedo.

—Ya no soy soltera.

—¿Que no es usted...?

—Soltera. Perdone usted si le molesto con mis palabras.

—Eso no puede ser.

—¡Caballero!

—Usted me autoriza a pensarlo.

—Permítame usted que me retire.

—Espere usted un momento, señora... Yo estoy loco. ¿Cuándo se casó usted?

—Habrá sólo quince días.

—¿Dónde?

—En la vecina iglesia.

—¿Con quién?

—Con usted.

—¿Conmigo?

—Con usted.

—Ah... bruto de mí... ¡el poder!

—Ya ve usted que soy casada, y no se puede, según usted asegura, romper ese nudo.

Don Pedro cayó de rodillas y se apoderó de una mano, que ella no pensó en retirar.

—¡Bendita, bendita seas!

—¿Qué hace usted?

—Adorar de rodillas mi hermosa trinidad.

—De rodillas, no; en pie. Y así, estrechamente unidos, con las manos enlazadas, fuertes con nuestro mutuo amor, recorreremos felices el sendero de la vida.

—Pero ¿volverá usted a cambiar de forma?

—Sí.

—¿Otra vez?  
—Será la última.  
—¿Y en qué va usted a convertirse? ¿En pájaro, en flor, en ángel...?  
—No... en amante y sumisa esposa, con sus ribetes de literata y libre-cultista. ¿Me acepta usted así?  
Don Pedro la miró extasiado, se levantó lentamente del suelo, fundió, por decirlo así, su mirada en la mirada de la joven, cuyas mejillas se encendieron, y...  
Cayó el telón.

AGUSTÍN MILLARES TORRES

#### Nota bibliográfica.

El cuento *Tres en una* se publicó por primera vez en la *Revista de Canarias* (Santa Cruz de Tenerife), I, núms. 16, 17 y 18, 23 de julio y 8 y 23 de agosto de 1879. Se volvió a publicar en el folletín del periódico *El Liberal* (Las Palmas de Gran Canaria), 22-29 de noviembre de 1890.